

---

## ARQUEOLOGÍA Y ORDEN PATRIARCAL (O SOBRE UN FUTURO QUE RESPETE A LAS SOCIEDADES ORALES)

ALMUDENA HERNANDO GONZALO

¿DESDE SU DISCIPLINA PROFESIONAL, QUÉ CONOCIMIENTOS  
DEBEN DESARROLLARSE PARA HACER POSIBLE QUÉ FUTURO(S)?

La arqueología constituye uno de los instrumentos discursivos más importantes para la construcción de la identidad moderna. Nació en el siglo XIX, con la trascendental misión de sustituir al mito de origen que hasta entonces había constituido nuestro discurso de legitimación. Dado que la idea de “cambio” comenzaba a representar definitivamente el eje sobre el que construir la idea de “progreso”, y que éste se asociaba a la idea de poder, control y superioridad del mundo occidental, se hizo necesario transformar el discurso etnocéntrico de legitimación que había estado vigente. Hasta entonces eran la permanencia y la ausencia de cambio las claves del secreto de nuestra supervivencia: el mito se construye sobre la confianza en que existe una instancia sagrada que protege al grupo que cree en ella, y que lo ha de proteger siempre que no modifique el modo de vida que le transmitió en el origen. El pasado no se organiza entonces en clave de cambios, sino de permanencias y eternidades. De ahí que no se coloque en “otros tiempos”, sino en “otros espacios” (el cielo, el infierno, o como se quiera llamar en cada tradición cultural, espacios míticos paralelos e interactuantes con el espacio material). Ahora bien, la experiencia del aumento del control técnico del mundo y de la capacidad de entender sus dinámicas a través de la ciencia, fue llevando al ser humano a sentir que la clave de su supervivencia no estaba en una protección ajena a él, sino en su propia capacidad de cambiar. Así que se impuso la necesidad imperiosa de demostrar que nuestro presente era resultado de cambios, no de permanencias, y que el resultado de esos cambios habría sido el de convertir a los habitantes de la modernidad en los verdaderos “elegidos” para sobrevivir, no ya por dios, sino por el propio destino. Darwin, Marx o Freud ofrecieron una nueva lectura del mundo en el que la comprensión de cualquier fenómeno pasaría por entender los cambios que habían precedido al supuesto estado de madurez en que ahora nos encontraríamos.

La arqueología formó parte esencial de este discurso, pues a través de sus estudios venía a demostrar a la sociedad del presente la veracidad de la existencia de esos cambios en las etapas más remotas de nuestro pasado. Así pues, no debe olvidarse que la arqueología constituía el nuevo discurso

---

Departamento de Prehistoria, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense,  
28040-Madrid, España. / hernando@ghis.ucm.es

sobre los orígenes y, por lo tanto, debía hacerse responsable de la principal misión que el mito había tenido hasta entonces: demostrarnos que nuestro propio grupo era el único "elegido" para sobrevivir. Y así como el mito consigue crear esa convicción construyendo a la instancia sagrada a imagen y semejanza del grupo, para luego deducir que esa instancia les ha creado a ellos a su imagen y semejanza, la arqueología heredó el mismo procedimiento. De esta forma, lo que ha hecho hasta fechas muy recientes es crear al "otro" del pasado a imagen y semejanza del "nosotros" de la modernidad: ha buscado en aquél sólo los rasgos que definen a la sociedad del presente: desarrollo de la tecnología, aparición de posiciones de poder, evidencias de desarrollo comercial, etc. Es decir, se ha mirado en los "otros" como en un espejo, sin querer verlos a ellos, sino a la propia sociedad del presente, para concluir inevitablemente que somos "nosotros" quienes tenemos esos rasgos más y mejor desarrollados, y así deducir que los "otros" del pasado representan sólo etapas embrionarias de nuestro propio estado adulto.

La arqueología no se ha interesado, hasta muy recientemente, en investigar cómo pudo ser la identidad de la gente del pasado, cómo entendían a su mundo y a sí mismos. No ha querido entender que el cambio y todo lo que le acompaña (la individualidad, la mejora técnica, la transformación cultural, la percepción lineal del tiempo, el desplazamiento por espacios desconocidos gracias a la elaboración de mapas...) son rasgos que no caracterizan a las sociedades orales conocidas ni, por tanto, debieron caracterizar a las de la prehistoria. Es decir, no ha podido contemplar a los habitantes del pasado en términos de igualdad, porque para hacerlo es imprescindible reconocer su diferencia. Cada cultura constituye un todo completo y extraordinariamente complejo, lo que no ha querido ver la arqueología, porque no habría servido para reafirmarnos frente a otros grupos humanos, lo que es su principal misión.

Si esta situación es importante no lo es tanto por la consideración de seres incompletos, inferiores, "atrasados", "primitivos", etc., de los grupos que nos precedieron en nuestro remoto pasado, sino porque esta valoración es la que se aplica, analógicamente, a los grupos que presentan escasa complejidad socioeconómica (cazadores-recolectores y campesinos, sobre todo) del presente. Es decir, la arqueología transmite la idea de que los grupos con menor desarrollo tecnológico (del pasado o del presente) siguen en un estado "embrionario", sin entender que su cultura se organiza con otros parámetros y es tan madura como la nuestra. De este modo, la arqueología ha servido para legitimar el colonialismo en la modernidad y la globalización en la posmodernidad.

¿Qué conocimientos deben desarrollarse para hacer posibles qué futuros? En mi opinión, en primer lugar es necesario practicar una arqueología mucho más multidisciplinar, no limitada a los objetos, ni construida sobre la presunción positivista y errónea de que los habitantes del pasado habrían actuado como nosotros lo haríamos si tuviéramos su cultura material y su tecnología. Hace falta que la arqueología se vincule a la antropología, a la sociología, la filosofía o la psicología para intentar

entender qué es el ser humano y dejarse sorprender por su versatilidad y su sofisticada capacidad de hacer frente a muy distintas condiciones de supervivencia. Sólo así podremos entender las dinámicas del pasado, pero sobre todo, conseguiremos respetar a las últimas poblaciones orales del planeta, a punto de desaparecer en virtud de nuestra insaciable y soberbia capacidad y necesidad de expansión.

Este problema fue ya detectado por la arqueología posmoderna (también llamada posprocesual), que sin embargo no ha sabido detectar otro problema aún más profundo, cuya resolución permitiría realmente plantear un futuro más sostenible del que ahora parece aguardarnos: como decíamos, la arqueología y la historia han buscado en el pasado los rasgos que sirven para reafirmar a la sociedad actual: el cambio, la “razón”, la tecnología, el poder... Ahora bien, estos rasgos no eran encarnados por todo el grupo, sino sólo por los hombres (en número creciente a lo largo de la historia). La sociedad depositaba en esos rasgos la clave de su supervivencia, sin reconocer que no hubiera sido posible desarrollarlos si una parte de la población (básicamente todas las mujeres hasta llegar a la modernidad) no se hubiera dedicado a mantener los vínculos, a atender las emociones o a generar un sentimiento de permanencia y estabilidad sin los cuales los cambios hubieran generado angustia y sentimiento de pérdida identitaria. Y es que tanto la individualidad como la pretensión de potencia sobre el mundo son puras fantasías, que sólo pueden sostenerse cuando está garantizado el vínculo con el grupo, sin el cual es imposible sobrevivir. Esta es la principal razón por la que a la arqueología le es imposible “ver”, respetar en términos de igualdad a los otros del pasado (o del presente): la lógica patriarcal no admite reconocer que la vinculación con el grupo, la relación emocional con el mundo y todos esos otros rasgos dominantes en las sociedades orales que luego fueron quedando como propios de la identidad de género femenina son también instrumentos fundamentales para la supervivencia del grupo.

Plantearse qué es el ser humano más allá de su pretensión de potencia e individualidad constituye un conocimiento que, en mi opinión, no sólo redundaría en un conocimiento más fiable del pasado, sino esencialmente en la construcción de un futuro con alguna mayor posibilidad de sostenibilidad y bienestar emocional del que ahora parece echársenos encima. Sencillamente, porque sería un conocimiento que reconocería lo que en verdad existe, aunque no sea explicitado: cada ser humano depende de los demás para poder sobrevivir, no sólo en términos económicos, sino sobre todo en términos de pertenencia a una comunidad que le da sentido y cobijo, y sólo en virtud de cuya existencia puede sostener la ingenua fantasía de su propia individualidad.

#### ¿CÓMO PARTICIPAN ESTAS IDEAS DE FUTURO EN EL DESARROLLO DE ESOS CONOCIMIENTOS?

El orden actual está alcanzando un límite de sostenibilidad económico, ecológico, demográfico, etc. Creo que es el límite del orden patriarcal, que

se fue construyendo sobre la base de una disociación de tareas claramente diferenciadas hasta llegar a la modernidad: los hombres se iban individualizando gradualmente, lo que se asociaba estructuralmente al desarrollo de las capacidades y posiciones de poder, a la especialización del trabajo, al desplazamiento espacial, o a la objetivación racionalizadora del mundo; las mujeres, en tanto, mantenían una identidad “relacional”, lo que se asociaba estructuralmente a la sensación de impotencia y a la consecuente necesidad de contar con una instancia protectora (dios y los hombres), a las actividades recurrentes, a la ausencia de desplazamiento por espacios desconocidos o a la vinculación emocional con el mundo.

Al haberse incorporado las mujeres al mundo de la individualidad (y por tanto, del poder o la abstracción) en la modernidad, esa conciencia en la que han sido entrenadas históricamente (y que no pueden abandonar) de la importancia de las emociones o la necesidad de las permanencias está empezando a hacerse más visible para el conjunto de la sociedad. Previsiblemente irá en aumento, tanto en hombres como en mujeres, lo que hace presagiar una sociedad futura más “sensible” y con menos distancia emocional y más capacidad de empatía respecto del mundo en general. Cuando este cambio afecte también a disciplinas como la arqueología (es decir, cuando los arqueólogos sean personas cuya identidad ya no se construya mayoritariamente bajo la lógica patriarcal) entonces es de presumir que se intentará dar valor en el pasado a lo mismo a lo que se comienza a dar valor en el presente, y que esto conducirá a realizar un tipo de arqueología muy diferente del que se ha venido haciendo hasta el momento. Podría pensarse que si ese futuro llega, la arqueología ampliará sus líneas de investigación para dar cabida al intento de comprender qué era el mundo para la gente del pasado, cuáles son las claves de la supervivencia cuando no son las que a nosotros nos caracterizan, qué implica desplazarse por espacios desconocidos cuando no se tienen mapas, cómo se recuerda cuando se intenta negar que los cambios existen... Y en ese marco de comprensión se podrá contextualizar y explicar mucho mejor la cultura material que nos ha quedado del pasado. La arqueología podrá comenzar a dar protagonismo a seres guiados por otras lógicas y otros deseos, a los que respetará porque comprenderá la complejidad de su cultura, tan diferente de la nuestra.

Hacer arqueología, en fin, es sólo hacer presente y construir futuro. Si el futuro es protagonizado por una sociedad más consciente de sus propias limitaciones, más sabia para reconocer lo que realmente le da seguridad y por tanto para dar importancia a los vínculos y a las emociones, reconocerá el valor de quienes creyeron en mitos, rechazaron los cambios, no distinguieron entre naturaleza y cultura o pusieron sus recuerdos, sus ansiedades, sus fantasías y sus miedos en otros espacios en lugar de en otros tiempos. Y quizá entonces, la arqueología llegue a ser no solamente un discurso a través del cual conocer a los “otros” del pasado, sino sobre todo, a través del que respetar a los “otros” del presente, objetivos ambos inexistentes en la arqueología actual.